

NOVENA A LA MADRE DE LAS MISERICORDIAS

MARIA, LUGAR DONDE LA COMUNIDAD TRINITARIA, ENCONTRÓ A LA HUMANIDAD



Ln el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén. Bendita sea la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo y la Misericordiosísima Virgen María, María, Madre de Dios y Madre nuestra. Amén.

Oración para todos los días

¡Oh Reina de las Misericordias, Inmaculada Virgen María, Madre de Dios y Madre mía, heme aquí postrado a tus pies. Vengo lleno de confianza a implorar tu gran misericordia para el remedio de mis muchas necesidades de alma y cuerpo. Acuérdate benditísima Señora, del Hijo Santísimo que llevaste por nueve meses en tus purísimas entrañas, recostaste en las pajas del pesebre, alimentaste con tu leche virginal y reclinaste en tu virginal regazo. Acuérdate de las tiernas caricias que durante su infancia le prodigaste y del poder que como madre tuviste sobre su corazón divino. Acuérdate de tus dolores y angustias durante su santísima pasión y de tus sufrimientos infinitos al pie de la cruz. Acuérdate de que nos fuiste dada por Madre por tu Hijo moribundo. Acuérdate de tus dolores indecibles, cuando le tuviste ya muerto en tus brazos maternos. Acuérdate de las lágrimas que vertiste al dejarlo bajo la losa del sepulcro y regresar sola sin tu Jesús, envuelta en la nube de tristeza de tu amarga soledad. Acuérdate de tu infinita alegría al verle la primera el día de la resurrección, triunfante y glorioso, y de la felicidad de que disfrutas ahora en el cielo como Reina sentada a su derecha. Acuérdate en fin, Señora, de que eres Madre y Madre de misericordia, escucha benigna mis súplicas y concédeme, te lo suplico, la gracia que vengo a implorar rendido a tus plantas benditas, oh Señora, oh Reina, oh Madre de las Misericordias. Amén.

PRIMERO: CONSIDERACIÓN
“DIOS TE SALVE REINA”

En la oración de la salve que se recita en el hogar y en el templo, en la escuela y el taller y que entonan con devoción el niño y el anciano, el pobre y el potentado, saludamos a María como Reina: Dios te salve Reina. Yo también vengo a saludarte Madre mía con el corazón lleno de amor a ti y con la más dulce esperanza de ser escuchado en mi necesidad. Dios te salve.

María es la Reina de la creación porque el Rey de los siglos y creador del mundo la tuvo presente cuando con sus manos prepotentes, sacaba de la nada el universo. Con Ella lo iba creando todo, dicen los libros Santos. María estuvo en el pensamiento de Dios desde la eternidad y con El reinó y dominó desde entonces.” Apareció, dice San Juan una mujer vestida de sol, con la luna bajo sus plantas y coronada con una diadema de doce estrellas”. Ella es Reina del Cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; y como Reina está sentada en su trono real a la diestra de su Hijo santísimo y coronada por el Padre Celestial con una corona de oro recamada de piedras preciosas, signo de su poderío sobre el corazón de Dios, quien la ha constituido Tesorera del Cielo y soberana de la intercesión, por lo cual es llamada la Omnipotencia Suplicante.

ORACIÓN

 Virgen gloriosísima, Reina de nuestros pensamientos, Reina de nuestros corazones y Reina de nuestras almas. Nosotros te aclamamos por Emperatriz nuestra y te juramos desde hoy eterna felicidad. Tú sabes que la magnificencia de los reyes consiste en socorrer a los miserables y en premiar las virtudes de sus vasallos. Vasallos tuyos somos, María, y si no tenemos virtudes qué premiar sí tenemos miserias qué remediar. Muestra pues con nosotros tu real magnificencia. Remedia nuestros males espirituales y temporales, aleja de nosotros la miseria de la culpa.

Reina sobre nosotros, Madre mía y gobiéranos con tu mano poderosa. Ya sabes que nuestra lucha sobre la tierra es una lucha interminable, lucha que hemos de sostener constantemente contra los enemigos del alma. Mira, Señora que nuestro adversario ruge alrededor de nosotros, buscando el momento oportuno de vencernos y devorarnos. Mira que nuestro enemigo nos rodea por todas partes combatiéndonos con furor. Reina soberana de los cielos saca triunfante a los que peleamos bajo tu bandera. Rompe de nuevo la cabeza del dragón antiguo y aplasta otra vez la orgullosa cerviz de la serpiente maldita que te disputa el dominio de las almas y el señorío sobre los corazones. Mira que el enemigo quiere destruir tu imperio sobre la tierra y tiene asolada la Iglesia de Dios. Mira que estamos a punto de sucumbir bajo las fuerzas del tentador y que si tú nos dejas, es segura nuestra derrota. No nos dejes, pues, Reina de nuestras almas, tú que has dado muerte y confundido a todas las herejías de nuestro siglo. Reina inmortal del universo, infúndenos aliento con tu mirada y danos victoria contra los enemigos. Da a conocer al mundo que tú eres la Reina de los que peleamos tus batallas. Tu bendición continua nos fortalezca en este destierro, para que luchando aquí con valor y sirviéndote con fidelidad, un día merezcamos la palma del triunfo y la corona de la victoria, reinando contigo eternamente en la mansión celestial. Amén.



GOZOS

V. *A tus plantas, dulce Madre
Ves un hijo que te implora.*

R. *Compadece mis miserias
Con tu gran misericordia.*

*A ti vengo Madre mía
Abrumado de congojas,
Implorando tu clemencia
Y tu gran misericordia;
No te olvides que eres Madre
Abogada y protectora.*

Compadece...

*Tú das vida al que sucumbe
Del pecado entre las ondas;
Da tus gracias compasiva
A un hijo que te invoca,
Aquí vengo suplicante
No me dejes gran Señora.*

Compadece...

*Tú remedias los pesares
Del que sufre, del que llora.
Eres fuerza en las batallas
Del que lucha entre zozobras,
Madre, Madre, con presteza
Tus bondades me socorran.*

Compadece...

*Desterrados los mortales
A tus plantas gimen, lloran;
Tantos lloros, tantas lágrimas
Manos blancas las recojan:
Esas tiernas manos tuyas
Que son bálsamo, Señora.*

Compadece...

*Sigue, Madre, cobijando
Con tu sombra bienhechora
Este amante y fiel devoto
Que rendido ves Señora;
No le niegues las mercedes
Que de ti ferviente implora.*

Compadece...

*Tienes luces de esperanza
En tus ojos dulce aurora.
Y es tu goce difundirlas
En las almas pecadoras:
Madre mía, brillen pronto
De mi pecho entre las sombras*

Compadece...

*La dulzura de tu rostro
A tus hijos enamora.
Basta verte madre Santa,
Para amarte el alma toda.
Mi existencia es toda tuya
Te la entrego sin demora.*

Compadece...

*De tu pecho los latidos
Gritos son que claman y oran;
De tu Cristo la clemencia
Por nosotros siempre logran;
Sigue Madre suplicando
Por tus hijos que te invocan.*

Compadece...

*Y en la hora postrimera
De la muerte pavorosa,
No me niegues tu socorro,
No me dejes mi alma sola;
Que me lleves en tus brazos
A gozar de eterna gloria.*

Compadece...

*A tus plantas, dulce Madre,
Ves un hijo que te implora.*

*Compadece mis miserias,
Con tu gran misericordia.*



ORACIÓN FINAL PARA TODOS LOS DÍAS

OH MADRE DE MISERICORDIA...

JACULATORIAS

Oh María nuestra esperanza, ruega por nosotros. (300 días de indulgencia, Pío X, 8 de enero de 1906. Madre de amor de dolor y de misericordia, ruega por nosotros. (300 días de indulgencia, Pío X, 14 de mayo de 1908). Oh María, Madre de Dios y Madre de la misericordia, ruega por nosotros y por los fieles difuntos. (1 00 días de indulgencia, León XIII, 15 de diciembre de 1983.)

En el nombre del Padre y lo demás como el primer día.

DIA SEGUNDO "MADRE DE MISERICORDIA"

María es Reina, lo hemos visto ayer, pero la adorna un título mucho más excelso y más dulce y más tierno: es Madre y no madre, así como quiera, sino Madre de Misericordia.

Oh consuelo grande para los cristianos, que María la Madre de Dios nos haya sido dada por Madre al pie de la Cruz donde moría Jesús, víctima del amor Misericordioso que redime y salva. Jesucristo tiene el dominio sobre el universo entero pero lo repartió con su Madre Santísima, quedándose El con la justicia, poder y majestad, y dándole a Ella la misericordia, la dulzura y la amabilidad. Qué consuelo y que esperanza para todos los mortales saber que Dios nos ha dado como Madre a su propia Madre, que como Reina lleva un cetro que no es ni puede ser de rigor y de castigo, ya que es también Madre, sino de piedad y de misericordia, que emplea su poder en alcanzar perdón y misericordia a favor de sus pobres hijos aunque seamos culpables de grandes pecados, ella no espera sino que acudamos a su protección para cubrarnos con el manto de su misericordia. Pecador soy Madre querida de las misericordias, y tiemblo al pensar que me he hecho merecedor de las terribles justicias de vuestro Hijo Santísimo, cuya sangre he pisoteado con mis pecados y cuyos sacramentos he despreciado con mi indiferencia y mis ingratitudes. Me estremezco al pensar que la espada de la ira divina se cierne amenazante contra mí, porque yo mismo he provocado su cólera. Pero eres madre de misericordia: detén el brazo airado de tu Hijo y extiende sobre este pobre siervo el manto de tu misericordia y piedad. Oh Madre de las misericordias, ten compasión de mí.

ORACIÓN

Es verdad, Inmaculada Reina del Cielo, que no soy digno de tomar en mis labios tu Santísimo nombre. Es verdad que, a la vista de mis pecados yo no debía tener atrevimiento de acercarme a ti y llamarte mi Madre, pero no quiero, que mis culpas me priven del consuelo y esperanza que experimenta mi corazón, al llamarte Madre de misericordia, porque este título me da derecho a tu amparo y alienta mi confianza. No hay pecador en el mundo por perdido que sea, que tú no lo recibas, si acude a ti contrito y humillado. Aquí pues, me tienes a tus plantas, no me desprecies, Madre mía. Es verdad que son infinitas mis miserias; pero acuérdate que para remediarlas te hicieron Madre de Misericordia.



Muestra pues, que eres mi Madre, muestra que eres refugio de pecadores. Es verdad que nosotros somos pobres miserables, para acercarnos a una Reina tan excelsa como tú; pero acuérdate que si Dios te hizo tan rica, fue para que aliviaras nuestra pobreza y socorrieras nuestras necesidades. Socórrenos Madre mía, y si el pecado era la causa que te impedía acercarte a nosotros, no más pecado, fuera la culpa de nuestras almas, lejos de nosotros lo que nos aleja de ti. Cuéntanos entre tus siervos, dulce Madre; cuéntanos entre tus devotos, cuéntanos entre tus hijos, que nosotros publicaremos por el mundo tus bondades. Diremos a todos los pecadores que acudan a Ti, porque eres la Madre de la Misericordia en esta vida terrenal, y la Madre del amor, de la dicha y de la gloria en la otra que es celestial y eterna. Amén.

(Petición, gozos, oración final, como el primer día)

DIA TERCERO "VIDA NUESTRA"

La misericordia de María que hemos considerado ayer se ejercita desde luego comunicando la vida al pecador. Por eso en los Proverbios encontramos estas consoladoras palabras que se aplican a María: "El que me encuentre, hallará la vida" (8,35), el que encuentre a María encontrará la vida. ¿Y en qué consiste la vida del cristiano? En la gracia santificante. El que tiene en su alma la gracia está vivo. ¡El que está en pecado mortal está muerto! Ese horrible estado de muerte aflige hasta las lágrimas de nuestra Madre dulcísima, como se afligen las madres santas cuando tienen un hijo extraviado y perverso y quisieran hacerlo bueno. María Santísima no quiere, como tampoco su Hijo divino que el pecador se condene, sino que se convierta y viva. Ella dio a luz en el tiempo, al que es la vida, Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, según El mismo lo expresó en el Evangelio, y que vino para que tuviéramos vida, pero no una vida cualquiera sino una vida abundante. Y todo esto por medio de María. Jesús vida nuestra nos vino por medio de María, luego María es también vida nuestra. Por eso en la oración de la misericordia decimos: "Dios te salve...vida dulzura y esperanza nuestra"

Sí, María es vida del pecador porque por su mediación resucita de la muerte del pecado a la vida de la gracia, del justo también es vida esta dulce madre, porque le da el aumento de la gracia y por lo mismo de la vida sobrenatural y le da sobre todo el don de la perseverancia final, como dice San Ligorio, don sin el cual es imposible la vida eterna. Seamos devotos de María Santísima, invocándola sin cesar bajo el título de su misericordia, ya que Ella ha prometido que los que la honraren hallarán la vida eterna, conforme lo dice el Eclesiástico 24,31. "Los que me honran, tendrán la vida eterna".

ORACIÓN

Dulcísima Madre de misericordia, vida de todos tus devotos. Tú conoces muy bien los corazones que están muertos a la gracia. Da una piadosa mirada a todos los cristianos, y si encuentras alguno muerto a la vida sobrenatural, tócalo, muévelo, resucítalo.

Madre mía, haz que salga del sepulcro de sus culpas y viva en adelante la vida de la gracia. Y a los que gozan de esa vida ampáralos para que jamás la pierdan. Ruega por nosotros ahora y en la hora de nuestra muerte. Ahora para que no pequemos y entonces para que no desfallezcamos. Y en aquel terrible trance, cuando la muerte bata sus alas sobre nuestra cabeza, cuando el infierno



ruja haciendo el último esfuerzo para perdernos, ven a socorrernos. Veamos entonces la sonrisa de tus labios, sintamos la dulzura de tu presencia, expiremos en tus brazos maternales y saliendo nuestras almas de este mundo, rodeada de espíritus angélicos, vuelvan contigo por los espacios inmensos hacia la mansión bienaventurada. Allí absortos, extasiados, se pierdan en aquel piélago de suavísima luz donde tienes tu trono de amor. Allí Cantemos tus glorias, allí publiquemos tus alabanzas, allí bendigamos tu clemencia y allí reinemos contigo, durante la prolongación interminable de una eternidad que consiste en la posesión de la vida verdadera que es Dios. Amén.

(Petición, gozos, oración final como el primer día)

DÍA CUARTO "DULZURA NUESTRA"

María es nuestra vida, pero es también nuestra dulzura. Dulce es todo aquello que es amable, que es suave, que es deleitoso, que es complaciente, que es apacible. Dulce es la alabanza de Dios como dice David: "Las alabanzas divinas eran más dulces a mis labios que la miel de los panales". (Salmo 118,103). La dulzura de María Santísima la pregona el Cantar de los Cantares cuando pone en labios del Celestial Esposo estas palabras: "Levántate, amiga mía, hermosa mía y ven...muéstrame tu rostro y suene tu voz en mis oídos, porque el eco de tus palabras es dulce para mí". (2-14) y en otra parte: "Sus palabras son más suaves que la leche y más dulce que la miel". (4-11)¿Y quién más dulce que María cuya voz seduce al mismo Dios? Ella es el más perfecto dechado de dulzura, después de su Hijo Santísimo; a su voz seductora y llena de ternura, el corazón se siente arrebatado. Basta llegarse a los pies de esta Madre de Misericordia para sentir la dulzura de su corazón de Madre en el corazón afligido que la invoca. Cuántas lágrimas de consuelo al recibir sobre las heridas del corazón el bálsamo delicioso que sabe derramar sobre ellas esta dulcísima Señora. He aquí por qué los que aman a María son dulces en su carácter y amables en su trato.

Es que en el amor de María dulcísima encuentra el corazón del justo toda clase de delicias espirituales. Pero el pecador es desechado porque María es a un tiempo misma Soberana del cielo y refugio de los pecadores, Reina del Universo y Madre de Misericordia, y por eso tiende amorosa sus manos maternales al pecador arrepentido que la invoca, y le deja oír la dulzura infinita de su voz y la suavidad inefable de su perdón. Por la ternura de este dulcísimo corazón de María, no estarás en el infierno, ¡oh pecador! Porque ¡cuántas veces habrá intercedido por ti ante su Hijo Divino! ¡Y de cuántos peligros espirituales y temporales te habrá librado! ¡Porque es Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra! ¡Amala mucho si eres justo, ámala mucho, si eres pecador; invoca su nombre más dulce que la miel y más suave que los trinos de los pájaros y los cantos de los Ángeles, pero sobre todo, que te lleve a gozar de sus encantos en la Patria Celestial.

ORACIÓN

¡Oh María! Hermosura del cielo, gloria de la creación, embeleso del Eterno y encanto de los míseros mortales. ¡Qué hermosa eres Madre mía, qué hermosa eres! Tus cabellos son más hermosos que las irradiaciones del sol cuando asoma en el oriente, más rubios que la manada de ciervos que se apacientan en el monte Galaad. Tu frente es más pura que el firmamento azulado, más serena y apacible que el terso cielo de nuestras campiñas. Tus cejas son



arqueadas y majestuosas como la curva que forma la montaña del Carmelo coronada siempre de verdor inmarcesible. Tus ojos son sencillos como los de la paloma, brillantes como la estrella de la mañana y claros como la fuente del Hesebón. Tus mejillas sonrosadas se asemejan a las flores del granado o a la amapola que ufana se levanta sobre la hierba del campo. Tus labios son encarnados como la cinta del terciopelo purpurino, que adornaba el trono de los reyes de Israel. Tus dientes son nacarados y limpios como las riquísimas perlas que el mar encierra en su seno. Tu semblante es más risueño que el de la aurora, más bello y candoroso que el lirio de los valles. Tu cuello es recto y airoso como la torre de David rodeada de baluartes. Tu pecho inmaculado es el asiento de la pureza y el trono de la virtud. Tu corazón sacratísimo es fuente de misericordia y manantial perenne de amor hacia los hombres. Tu purísimo seno es el arca de la alianza donde estuvo encerrado el verdadero maná bajado del cielo. Tu talle es más agraciado que el empinado cedro del monte Líbano. ¡Oh qué pura es tu mirada, qué benigno tu rostro y qué bellos tus pasos, hija del Príncipe de la eternidad! ¡Oh qué hermosa eres Madre de mi alma, cuán hermosa y cuán dulce eres! Haz que esa belleza me robe el corazón y que esa dulzura embriague mi alma aquí en la tierra y sea mi recompensa en el cielo. Amén.

(Petición, gozos, oración final como el primer día)

DIA QUINTO "ESPERANZA NUESTRA"

María es la esperanza del cristiano y el seguro refugio de los pecadores. Había entre los Israelitas ciudades de refugio para que los asesinos involuntarios tuvieran donde esconderse y escapar a la muerte. De otro modo la venganza era implacable. Entre los cristianos hay otra ciudad de refugio y es María, para que el pecador se escape bajo su manto de la venganza implacable del Divino Juez por lo cual es esta Madre misericordiosa la esperanza única del pecador. Ella misma se llama en las divinas escrituras "La Madre de la Santa Esperanza" (Eccl. 24-24) y en otro lugar declara que en Ella está toda esperanza de vida y de virtud (Ibíd. 24-25). Esperemos pues de María Santísima que por su mediación alcanzaremos los medios de vivir santamente en este mundo y salvarnos en la eternidad. Cuando los hebreos querían triunfar de sus enemigos, se llevaban consigo el arca de la antigua alianza. En los combates de la vida sobre todo para el combate final, llevemos con nosotros esta verdadera arca de la nueva alianza, María Santísima y saldremos vencedores. María es la esperanza del alma, dice San Efrén; es la única esperanza después de Dios, dice San Basilio; esperanza de los pecadores, la llama San Agustín; esperanza de los mismos pecadores la llama San Juan Damasceno. Acuda a ti el que se crea abandonado, dice San Bernardo, y en Ti encuentra seguro asilo, esperanza cierta. Acude presuroso a María, oh pobre pecador, que el que puso en Ella su confianza nunca quedó confundido.

ORACIÓN

¡Oh Madre del Amor Hermoso y de la santa Esperanza! ¡Oh vida, dulzura y esperanza nuestra! ¡Oh esperanza de los desesperados! A Tí acudimos nosotros que de pecados estamos llenos, esperando de tu intercesión poderosa lo que no podemos alcanzar por nosotros mismos. En Ti esperamos, Señora, haz que no sea vana nuestra esperanza. El cielo y la tierra saben que ninguno de los que han acudido a Ti fue confundido. Acuérdate pues que jamás se oyó decir en el mundo que fuera desamparado ninguno de los pecadores que se acogieron a tu clemencia. Soberana Señora. ¿Habría yo de ser el primer infeliz que acudiera a tu bondad y se viera desamparado? ¿Me habría de tocar la triste suerte de no encontrar refugio en el mismo



refugio de los pecadores? Es verdad que yo no lo merezco, es verdad que yo no soy digno de tu protección maternal. Pero Madre de mi alma, acuérdate que soy tu hijo, y ¿qué madre desechó a su hijo por malo y pecador que fuese? ¡No, ciertamente no! ¡Mil veces no! Animado pues, con esta confianza a Ti vengo, Madre de mi corazón. Preséntame a tu divino Hijo y dile que me he refugiado en Ti y que en tu regazo vivo con la esperanza de que me salvaré, porque eres vida, dulzura y esperanza nuestra. Dile en fin que con tu gracia y protección espero verle en la gloria. ¡Oh gloria inmortal, objeto dulce de mi esperanza! A Ti levanto mis ojos, yo desterrado y cautivo en este valle de lágrimas. Por Ti suspiro, por Ti gimo, por Ti lloro, cual navegante perdido en los mares de este mundo; aunque el viento furioso combata la frágil navecilla de mi alma, y aunque las olas embravecidas se estrellen contra ella, y aunque me vea mil veces en peligro de naufragar, espero confiadamente verme en el puerto seguro, porque nunca apartaré mis ojos de Ti, oh Estrella de los mares, en quien he colocado mi esperanza. En Ti dulce Madre, esperamos los pecadores, haz que nuestras esperanzas no sean frustradas. En Ti Señora, he puesto mi esperanza, no seré confundido eternamente. Amén.

(Petición, gozos, oración final como el primer día)

DÍA SEXTO

“A TI CLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA”

Por el pecado de Adán, el hombre perdió su derecho a vivir en el paraíso y fue arrojado de él, quedando sujeto a las penalidades del destierro. ¡Y qué vida tan infeliz la que lleva el desterrado suspirando por su patria! Al igual nosotros, ¡qué vida tan infeliz la que llevamos desterrados acá abajo, suspirando por la Patria del Cielo, para la cual hemos nacido! Pero en este destierro tenemos un consuelo: es María, dispensadora de todas las gracias, de todas las consolaciones y de las más dulces esperanzas. No es María propiamente la que nos lleva al Cielo, puesto que no hay bajo el Cielo otro nombre en que nos apoyemos para salvarnos sino el nombre de Jesús, que quiere decir Salvador; pero María es Madre de Jesús y Él la ha constituido Madre nuestra y la Tesorera del Cielo, por cuyas manos maternas ha de pasar toda gracia que de arriba nos venga. Jesús nos vino por María y por medio de María hemos de ir nosotros a Jesús que constituye el Paraíso y hace las delicias de todos los Santos. Nadie se salva sino por Ti, oh María, dice San Germán. Todos los bienes que la Divina Majestad ha decretado conceder, dice San Ildefonso, ha dispuesto que nos vengan por tus manos, oh María y la Iglesia en las letanías de la Virgen la llama “Puerta del Cielo”. Luego el que quiera entrar a la patria bienaventurada, abra esta bendita puerta, invoque a María. A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva.

ORACIÓN

Imaculada María! Puerta única del Cielo por donde salen todas las gracias que vienen a la tierra y por donde entran todas las almas que van al Cielo. A Ti clamamos los desterrados hijos de Eva, pidiéndote hoy tu amor dulcísimo y una devoción filial hacia Ti. A Ti clamamos desde esta tierra miserable donde el hombre lejos de su Patria, angustiosamente gime sin alivio a su dolor. A Ti clamamos, porque estamos persuadidos de que tu protección soberana nos es necesaria para salvarnos. A Ti clamamos, porque Tú eres Reina que nos puedes dar la victoria contra nuestros enemigos. A Ti clamamos porque Tú eres la Madre de misericordia que puedes remediar todas nuestras miserias. A Ti clamamos, porque eres vida, dulzura y esperanza de nuestras almas. A Ti clamamos, porque eres la abogada poderosa que ha de defender nuestra causa en el tribunal



del Eterno Juez. A Ti clamamos, porque eres nuestra Madre y no tenemos otra a quien acudir sin a Ti. Si tú no nos atiendes, ¿a quién clamaremos que nos atienda? Si tú no nos oyes, ¿quién nos oirá? ¡Nadie, Madre mía! Por eso clamamos a Ti, esperando tu protección poderosa y confiando verte algún día en el Cielo. Amén.

(Petición, gozos, oración final como el primer día)

DÍA SÉPTIMO

“A TI SUSPIRAMOS GIMIENDO Y LLORANDO EN ESTE VALLE DE LÁGRIMAS”

L El pecado de Adán convirtió la felicidad del paraíso en tormentos continuos para todos los descendientes desde la cuna hasta el sepulcro. Los hijos de Adán vamos por este destierro lanzando tristes gemidos y empapando en llanto la tierra que pisamos. “El hombre nacido de mujer, dice Job (14,12) vive un tiempo tan corto como lleno de miserias; aparece como la flor que nace y se marchita; su vida fugaz huye como una sombra y nunca permanece en un mismo estado” Hemos nacido para morir y llevamos en nosotros el germen de la muerte, sufrimos enfermedades que nos destruyen y nos van llevando paso a paso al sepulcro. El dolor es nuestro compañero inseparable, por lo cual el niño al nacer lanza un gemido y brillan en sus ojitos las primeras lágrimas y el hombre al morir lanza otro gemido y las lágrimas ruedan por sus mejillas. Pero no el dolor físico solamente sino especialmente las penas del alma nos hieren el corazón como afilados puñales. Sufren el magnate y el vasallo; el rico y el pobre, el joven y el anciano. Unas veces la tristeza nos embarga, otras veces el miedo nos aterra, a éste le corroe la envidia, a aquel le retuerce la venganza al uno le envenena el odio, al otro le enciende la ira, y si queremos vencer tantas pasiones conjuradas contra nosotros, tenemos que vivir en un combate perpetuo, como dice Job y todo campo de lucha es pavoroso y llena de tortura el alma. Y mientras estemos en este valle de lágrimas, dice San Agustín nuestro corazón estará inquieto y tendrá que libar hasta las heces el cáliz del dolor, hasta que descanse en Dios, como lo bebió el Hijo de Dios, llamado el Varón de Dolores. Solo entonces, cesará el dolor y se secarán las lágrimas. ¿Y mientras viva el hombre en la tierra no habrá consuelo? Oh, sí lo hay y está en la Madre de las Misericordias que no puede oír un gemido sin que al instante se incline compasiva, que no puede ver una lágrima sin que al instante la recojan sus manos maternas, llevando el más dulce consuelo al alma que la invoca. Invoquémosla pues, llena de fe, de confianza y de amor, diciéndole desde el fondo de nuestro corazón: “A Ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas”.

ORACIÓN

¡Sí, Reina del Cielo, ¡a Ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas! Porque en hecho de verdad, ¿qué somos nosotros en este mundo sino desterrados hijos de Eva? ¿Qué somos Madre mía, más que unos cautivos alejados de su Patria? ¿Y qué remedio le queda al mendigo y al desterrado para no morir y perecer, sino acudir a las puertas de la misericordia pidiendo socorro y protección? ¿Qué remedio podrá tener el pajarillo recién nacido que no tiene alas para volar ni fuerzas para buscar alimento? ¿Qué remedio le queda, sino dar voces y piar y llenar los aires de clamores, llamando a su madre para que le atienda? Pues así clamamos a Ti los desterrados hijos de Eva. ¡No nos abandones, Madre mía! Y si la blanca paloma no abandona a sus polluelos, sino que acude a socorrerlos, tú que eres la paloma sin mancha, no nos abandones aunque lo merezcan nuestras culpas. A Ti clamamos siempre con gemidos del corazón, llorando



nuestro destierro, nuestras miserias y nuestros pecados y pidiéndote con lágrimas y sollozos el remedio de tantos males, hasta que terminado nuestro destierro, logremos un día verte eternamente en nuestra patria verdadera, que es la celestial y eterna. Amén.

(Petición, gozos y oración final como el primer día)

DÍA OCTAVO "MARÍA ABOGADA NUESTRA"

Abogó Betsabé por Adonías ante su hijo el Rey Salomón. Al ver Salomón entrar a su madre se levantó de su trono y sentándola a su derecha le dijo: "Pídeme lo que quieras Madre mía, que no puedo rechazar tu petición". ¿Y no será más, mucho más María Santísima que Betsabé? ¿Ella que está sentada a la diestra de su Hijo divino en el cielo, coronada como Reina y Señora por el Padre Celestial? ¿No será una abogada mucho más poderosa que Betsabé? Un abogado bueno y cristiano y de corazón generoso, goza defendiendo al miserable y procura reconciliar las partes encontradas, y sobre todo mueve con razones y con ruegos al juez para que absuelva al culpable, o al menos aminore la pena. Este triple oficio desempeña nuestra misericordiosa Madre, como abogada nuestra que es ante su Hijo. Desde el primer instante de su concepción, María no pensó sino en glorificar a Dios y salvar los pecadores: ese celo creció en Ella en la medida en que crecía su amor a Dios, sobre todo después que en el calvario la constituyó su Hijo moribundo Madre de los hombres. Reveló Ella misma a Santa Matilde que el título que más le agrada, después del de Madre de Dios, es el de abogada de los pecadores, para ejercitar con ellos sus misericordias maternas. El pecador con el pecado mortal se echa de enemigo a Jesucristo perdiendo así la gracia; María se interpone y aboga, a fin de que la gracia y amistad perdidas vuelvan al infeliz pecador. Sobre todo en la última hora de la vida. Ella será nuestra abogada si la honramos, implorando para entonces su misericordia. Una sola cosa nos pide y es no permanecer uncidos al yugo del pecado; arrepentirnos y llorar nuestros pecados. Del buen ladrón se cuenta que cuando se retorció de dolor en su cruz y blasfemaba, logró cruzar sus ojos con los ojos tristes de María Santísima y fue tal su conmoción interior, que con los mismos ojos le suplicó que intercediera por él ante su Hijo moribundo. María intercedió al punto, y Dimas oyó estas palabras de Jesús: "Hoy estarás conmigo en el paraíso".

ORACIÓN

¡Oh reconciliadora de la paz ¡Arco iris puesto entre las iras del cielo y los delitos míos! A Ti acudo, pues eres la abogada nuestra. Cumple tu promesa volviendo hacia nosotros esos tus ojos misericordiosos. En tus manos ponemos la causa de nuestra salvación. Defiende Tú Madre mía, esa causa y si no quieres defenderla, dinos a quien hemos de acudir, para que abogue por nosotros. ¡Yo no acudo a nadie más que a Ti! ¡Eres la verdadera puerta de aquella mansión dichosa, Madre de mi vida! Otra vez te pido me mires con ojos misericordiosos, después de este destierro, haznos participantes de las inefables delicias que gozas en la celestial Sión. Amén.

(Petición, gozos, oración final como el primer día)



DÍA NOVENO "VUELVE A NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS"

LEn el antiguo testamento, cuando regía la ley del Temor, las miradas de Dios eran terribles. "Toca los montes y humean" dice el Salmo 103,32, "mira la tierra y la hace temblar", pero llegó la época del amor y miró la pequeñez y humildad de María y la hizo bienaventurada para la dicha del mundo. Porque a María, merced a la mirada de dulzura infinita, que Dios le dirigió al verla inmaculada y sin embargo tan humilde, la dotó de misericordia, de dulzura, de paz, de gracia y de felicidad en sus miradas maternales, prerrogativas éstas que caen en el alma a quien esta celestial Señora mire con tales ojos. Por lo cual los cristianos le decimos con tanta confianza: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos". Dichosa el alma que es objeto de las dulces miradas de María Santísima... Como al aparecer la aurora en el oriente huyen las tinieblas de la noche, y las nocturnas aves de rapiña huyen en busca de la rocas donde anidan, así del alma del pecador huyen las tinieblas del error y del pecado, se disipan las tristezas que abaten el alma y los demonios huyen a sus cavernas infernales. Al criminal Pedro, que acaba de negarle, miró Jesús en casa de Anás, con una mirada de dulcísimo reproche y de dulzura y misericordia infinita. Esa mirada conmovió hasta las entrañas al apóstol negador, quien lloró tanto que con sus lágrimas se le surcaron las mejillas. Y como esta mirada son siempre las miradas de María, llenas de luz; y aún se han animado a veces sus estatuas y han sonreído a sus devotos con una dulzura y una misericordia que sólo Ella puede derramar. Y el resultado ha sido la conversión de innumerables pecadores que no han resistido el mágico poder de esos ojos maternales lleno de infinita misericordia. En todos los combates de tu alma, acude pues a María, oh cristiano, para que te mire compasiva y sobre todo en la hora de la muerte, vuelva a ti sus ojos misericordiosos.

ORACIÓN

iOh dulcísima Madre de mi vida! La hora del juicio me ha de llegar sin remedio y veré sentado en su trono de relámpagos al juez, ante cuyo tribunal me acusarán mis enemigos. ¿Qué será entonces de mí, si Tú me desamparas? ¿Quién vendrá en mi socorro si Tú me abandonas? ¡No me dejes Madre mía, no me dejes! Antes bien, hazme sentir entonces los efectos de tus piadosas miradas. A Ti Señora, levanto hoy mis ojos y te suplico con ánimo contrito que vuelvas a mí, ahora y entonces, esos tus ojos misericordiosos: Mírame Inmaculada María cuando mi alma turbada en sus mismos pensamientos, espere temblando la sentencia del Supremo Juez ¡Acógeme bajo el amparo de tus alas, oh casta paloma! Y obteniéndome aquí el perdón, allí me consigas sentencia favorable, como consecuencia de la plegaria que de lo más íntimo de mi corazón te dirijo con la Iglesia: "Ea, pues, Señora Abogada nuestra, vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos". Amén.

(Petición, gozos y oración final como el primer día)



*Gloria a María, Hija del Padre,
Gloria a María, Madre del Verbo,
Gloria a María, esposa del Espíritu Santo*

Hijas de Nuestra Señora de las Misericordias, 2020

